

Con motivo de su última reaparición ante el público, en 1958, SP entrevistó a Raquel Meller.

Por el carácter excepcional de esta entrevista, quiza la única que a lo largo de su vida se hizo a Raquel Meller con magnetofón, SP reproduce el texto de las declaraciones de la gran actriz al equipo de entrevistadores de SP, y que fueron publicadas en el número 58 de la Revista.

ENTREVISTA con...

RAQUEL MELLER

- * La artista que tiene el récord de taquilla en el Carnegie Hall de Nueva York: 27 dólares butaca, durante ocho meses.
- * Raquel cobraba en "aquellos tiempos" 1.500 dólares diarios.
- * "No sé música y aprendí a leer sola"



SP.—¿Cómo es que ha vuelto usted a presentarse ante el público español?

R.—¡Pero qué manía tienen ustedes de decirme que vuelvo! ¡Si yo no me he ido nunca...!

SP.—Ya, pero, de todas formas, usted ha tenido ciertos paréntesis en los cuales no ha actuado.

R.—¡Claro! Porque estoy enferma del corazón, y cuando el corazón me hace alguna mala partida, pues tengo que estar quietecita en mi casa.

SP.—¿Cuánto tiempo ha durado este paréntesis en el cual usted no se presentaba ante el público español?

R.—No sé, pero bastante tiempo. Además, esta vez he tardado más, porque no me han querido traer «Los vieneses».

SP.—¿Dónde había actuado usted con «Los vieneses»?

R.—Pues en Barcelona y aquí.

SP.—Su última actuación antes de ésta, ¿cuál había sido?

R.—Pues en Barcelona.

SP.—¿En qué año, recuerda, más o menos?

R.—Pues el año pasado. Así que no me he ido yo nunca; pero tienen ustedes la manía de que vuelvo. Y yo, aunque me caiga de vieja, no dejaré de ir a todas partes a cantar.

SP.—Bueno, pero eso de volver interprételo usted en el sentido que lo decimos. Cuando un actor se marcha de turné a París, se marcha a Hispanoamérica, se marcha a cualquier sitio y vuelve, claro, vuelve.

R.—Sí, pero esta manera de decir «vuelta», a mí no me gusta. A mí, que me lo digan, me molesta.

SP.—¿La palabra «volver»?

R.—Es que parece que vayan todos con retintín: Ha vuelto al cabo de «tanto» tiempo y está cantando con tantos años. Sí, señor, si Dios me da la gracia de tener voz, presencia y potencia, ¿qué le voy a hacer?

SP.—Es que su vida en el teatro es una de las vidas más, más...

R.—Más largas, ¿no?

SP.—Yo iba a decir más fecundas, y, evidentemente, de más duración, porque usted, ¿cuándo empezó a actuar?

R.—¿A actuar? Pues... hace muchísimos años.

SP.—¿Y en dónde fue su primera actuación?

R.—En Barcelona.

SP.—¿Recuerda con qué compañía o empresa empezó su teatro?

R.—¡Compañía, compañía! En un café cantante...

SP.—¿Recuerda el nombre del café cantante en Barcelona?

R.—Pues no sé si era «La Gran Peña» o no sé lo que era.

SP.—¿En dónde estaba?, ¿no recuerda?

R.—Sí, por allí, calle San Pablo o calle Edén, ¡qué sé yo! Por allí.

SP.—¿Desde el principio con cuplé?

R.—Siempre con cuplé. Entonces no había casi cuplés. Cantábamos los cuplés de las obras. Aquello de «El mocito y la mujer, pam-pám, pam-pám, pam-pám, pam».

SP.—Le preguntamos, porque estamos seguros que a los lectores de la revista SP les encantará mucho el conocer, en fin, aunque su vida y su historia es suficientemente conocida, el conocer estos detalles contados por usted misma. ¿Cómo fue la dedicación suya al teatro?

R.—Porque me gustaba.

SP.—¿Tiene algún antecedente teatral en la familia?

R.—No.

SP.—¿Nadie había cantado en su familia antes?

R.—¡Como no sea Misa!

SP.—¿Misa?

R.—Sí, señor, Misa. Un jesuita. Está en Filipinas con los leprosos, pedido por él mismo que lo dejen allí.

SP.—¿Cuál fue el maestro más caracterizado, el que compuso los mejores cuplés o, por lo menos, los que tuvieron más popularidad?

R.—¡Ah! No me pregunte usted eso, porque no sé ni los de ahora.

SP.—¿Qué tiempo tardó usted desde su presentación en el café cantante hasta llegar a ser una figura..., la figura más representativa del cuplé?

R.—Poco tiempo, poco.

SP.—En el café cantante, ¿como cuánto tiempo estuvo actuando?

R.—Ah, no lo sé. Esas fechas yo no las recuerdo.

SP.—Y luego, ¿su primera actuación en el teatro?

R.—En teatro tardé bastante.

SP.—¿En qué teatro actuó por primera vez?

R.—Pues no lo sé, pero, además, estos sabios que son tan sabios y que saben de mi vida más que yo, seguramente lo habrán dicho. Porque hoy he leído yo en «Triunfo» o en la «Gran Vía» un recortito en el que dicen que yo he trabajado en Bilbao en unos sitios donde yo jamás he puesto los pies. He trabajado en el Lope de Vega, en los cines grandes, y, ¡vamos!, que lo pregunten allí mismo a las personas que me han visto en los teatros, pero, ¡vamos!, en esos sitios donde dicen, no, no.



«¡AY, POBRECILLAS DE NOSOTRAS!...»

SP.—Por eso nosotros preferimos que sea usted la que cuente su historia...

R.—Si no me van a creer...

SP.—¿Cómo no la van a creer a usted? Si no la creen a usted, entonces, con mucha menos razón, van a creer a éstos...

R.—No, no, a éstos sí los creen, porque se creen que realmente es eso.

SP.—Bueno, ahora usted tiene la ocasión ideal para dejar las cosas en su lugar y en su sitio.

R.—Pero la memoria...; yo no me acuerdo más que de ahora, estoy aquí y yo no sé...

SP.—Bueno, pero usted tiene que tener muy buena memoria, aunque sólo sea para retener todas las letras de los cuplés, todas las partituras, todas las músicas y todas las cosas, que ya es bastante.

R.—Canto con apuntador, y la música la oigo cuando canto, así es que por mucha, o muy poca memoria que tenga, tengo que acordarme.

SP.—¿Usted nació en Barcelona?

R.—No, nació en Tarazona. Allí nació, pero como artista nació en Barcelona.

SP.—Entonces, ¿quiénes eran con usted las figuras que pudiéramos llamar representativas, los nombres cotizados?...

R.—¡Ay, probrecillas de nosotras! Si nos hacían ir a los cafés-corcierto con un sombrerito de paja, que adornado y todo valía cinco pesetas y media, y con los zapatos rotos, porque no teníamos para comprar zapatos. Es distinto las de ahora, que van muy encopetadas y con muchos collares y muchos brillantes y muchas cosas.

SP.—¿Era más dura la vida entonces que en la actualidad?

R.—Ya lo creo; llevábamos el sombrero debajo del brazo y al llegar a la puerta nos lo poníamos, y así entrábamos por delante del que nos tenía que poner multa.

SP.—¿Cómo multa?

R.—Multa, si no lo llevábamos.

SP.—¿Era obligación entrar con sombrero?

R.—Sí, señor.

SP.—Este es un detalle desconocido.

R.—Aunque fuéramos con el traje roto o los zapatos rotos, eso no importaba; era el sombrero lo que

ENTREVISTA

contaba. Sí, pero con siete pesetas diarias que nos daban poco podíamos hacer...

SP.—Claro que la vida estaba mucho más barata que ahora.

R.—Con un duro iban a la plaza y traían principio y fin. Traían de todo, carne, pollo, pescado, postre, todo, y aún decían: mira lo que me ha quedado de un duro.

SP.—¿Usted, con quién aprendió música?

R.—Con nadie.

SP.—¿Es de oído entonces?

R.—De oído.

SP.—¿Usted no ha estudiado nunca música?

R.—Yo nunca, no he estudiado nada, y a escribir, he aprendido sola.

SP.—Oiga usted, y el estudio de las partituras, ¿cómo lo lleva a cabo?

R.—¡Ah!, pues lo oigo una o dos veces.

SP.—O sea, con el pianista.

R.—Sí, sí; con el autor.

SP.—Entonces él lo toca, usted lo oye, la letra la acopla a la música y así lo canta, ¿no?

R.—Claro.

SP.—¿Usted sigue estudiando, sigue practicando todos los días, haciendo ejercicios vocales?

R.—No, si para cantar lo que canto no necesito hacer nada.

SP.—¿No necesita ensayo?

R.—No, señor, nunca. No hace falta más que tener un sentimiento, y sobre la letra que una lee y la música que una oye, pues entonces salen estas cosas que hago yo en escena. Y como las demás están pensando en que tienen que salir para comer, pues no tienen tiempo de ocuparse artísticamente. Yo sí, me da igual todo lo de la calle.

SP.—¿Es decir, que usted se concentra en eso sólo?

R.—Eso es para lo que sirvo y para lo que Dios me había puesto en el mundo.

SP.—¿Usted no hubiera querido ser otra cosa más que cantante?

R.—Yo, no; si hubiera fracasado, no sé lo que habría hecho. Tal vez una doncella, una criada, porque le advierto que sé guisar, sé fregar, sé barrer, sé tener mi casa en orden, sé planchar.

SP.—¿Ahora hay pocas que sepan hacer eso, verdad?

R.—Ninguna, ni aun las que se dedican a hacer eso.

SP.—Es decir, que ¿para usted es perfectamente compatible el arte con el hogar?

R.—Yo creo que la mujer debe ser mujer de su casa.

SP.—¿Cuántas horas dedica usted al día al arte y cuántas al hogar?

R.—No me pregunte usted cosas justas, porque yo duermo hasta que me despierto. Entonces me levanto, si me encuentro bien me voy a la calle, aunque sean las cinco de la mañana, y si no me encuentro bien, pues me estoy en la cama hasta las tres de la tarde. Así que no les puedo dar horas fijas de nada, porque yo vivo así. Una se vuelve oveja. Así es que por eso me da igual todo. Una persona me dice: «ay, cómo la admiro, cómo la quiero!»; pero como no me lo demuestran no lo creo. Ahora vienen a verme, pero el día que no sirva para nada no vienen.

SP.—¿Usted se acoge entonces a ese refrán, de «hechos son amores, no buenas razones»?

R.—Eso, sí señor. El cariño y el movimiento se demuestra andando.

ENTREVISTA

SP.—Hablando ahora de su vida, ¿el arte le ha proporcionado más satisfacciones o más desengaños?

R.—No; el arte siempre me ha dado muchas satisfacciones. Porque el público no se pone de acuerdo para dar así disgustos porque sí; van a ver a la artista, la aplauden. Y a veces me dicen: «¡Ay, Raquel, cómo has estado ayer; mira, estuve llorando!» Y yo les digo: «Pues yo lo siento mucho, pero la enamorada del Serranillo o de los que yo he llorado no tenían nada que ver con usted. Era yo la que lloraba». «Pues lloré yo también», dicen. Bueno, bueno.

SP.—Esta pregunta se la han hecho a usted ya muchas veces, pero yo quisiera que usted nos explicara, usted que vivió la más grande época del cuplé, la mayor diferencia que encuentra con las interpretaciones de hoy. Entre el cuplé que usted representa y el cuplé tal como se canta hoy, ¿cuáles son las mayores diferencias que usted encuentra?

R.—Pues las personas que lo canten, esa es la diferencia.

SP.—O sea, en la voz y en inflexiones y en sentimiento, ¿usted lo encuentra similar?

R.—Yo no; yo no encuentro similar ni nada. Yo encuentro que las demás cantan a su modo y como son, y yo canto al mío. Y que si no fuera por mí, las otras no me imitarían.

R.—¿Qué hace falta para cantar el cuplé, sentimiento o voz?

R.—La voz no tiene importancia. Y las que no tienen ni voz ni saber decir, diga usted qué pueden ofrecer.

SP.—¿Moverse?

R.—El cha-cha-cha.

SP.—Entre todos los cuplés, ¿usted cuál es el que ha cantado con más gusto?

R.—Yo, todos los que me aplaude el público.

SP.—De todas formas, uno preferido por usted, ¿cuál? ¿"La Violetera"?

R.—No, tampoco, porque "La Violetera" la encontré yo en el Trianon con un fracaso horrible y un pateo. Y le dije al salir del Trianon al maestro Lluch: «Hágame una partitura de "La Violetera"». Y se echó a reír. Dijo «Después de esto me pide usted la partitura». Y dije: «Sí, después de esto le pido la partitura».

SP.—¿Quién cantaba "La Violetera" entonces?

R.—Carmen Flores, y aquel día era el estreno en el Trianon Palace, y yo fui a ver el debut de Blanquita Suárez, que hoy está aquí, y ya ve usted. Ni siquiera el autor, después de haberle sacado este muerto a la vida, ha tenido una cosa de caballero para venir a decirme: «Raquel, mire, van a hacer esta película, y ponen el Relicario, la Violetera». ¡Nada! ¡Son unos guarros!

SP.—Pero la satisfacción íntima de decir que usted ha popularizado en todo el mundo "La Violetera"... Porque la gente va ahora a ver "El último cuplé" y "La Violetera" porque usted lo interpretó antes.

R.—Sí bueno; pero ahora no hablo yo más que de los autores.

SP.—Claro, porque podían haber tenido un detallito.

R.—Detallito no lo pueden tener. No son ni hombres siquiera. El hombre que hace eso, ni es hombre, ni es caballero, ni es nada.

SP.—¿Por cuántos países ha cantado usted "La Violetera"?

R.—En todas partes donde yo he estado. En el mundo entero.

SP.—Entonces, ese cuplé puede decirse que es su preferido, ¿no?

R.—No, porque también he cantado el «Díguili que vinguí», «El don tan amado», y he cantado chotis ma-



«SI NO FUERA POR MI, LAS OTRAS NO ME IMITARÍAN»

drileños y me han aplaudido muchísimo y no los he podido quitar del programa, porque yo hacía treinta canciones diarias.

SP.—Usted, permítame que le haga esta pregunta, que es, probablemente, demasiado personal, pero ha debido de ganar mucho dinero en sus actuaciones.

R.—Sí.

SP.—Yo le digo esto, porque tengo un amigo en Nueva York, que se llama Rafael Pallarés, un español que lleva allí muchos años, y él recuerda, y me ha dicho a mí que el récord de precio en el Carnegie Hall lo estableció usted. El récord de taquilla por entrada, pues ha sido el precio máximo que se ha pagado nunca.

R.—Sí, se vendieron a 25 dólares por butaca, y a las cuatro semanas se pusieron a 27 dólares por butaca, y estuve ocho meses en lugar de cuatro semanas. Cada mil dólares eran al cambio de entonces 15.000 pesetas, y yo ganaba 1.500 dólares por representación. Y yo me quedaba así, como si me dieran 14 reales, me daba igual.

SP.—Además, 1.500 dólares de entonces... ¿Tiene proyecto de trabajar en algún otro sitio del extranjero con fecha próxima?

R.—Si quiero, no tengo más que decirlo. En todas partes. Ustedes no saben cómo estoy clasificada en Nueva York.

SP.—Sí, hace dos meses estuve yo hablando con unos franceses que hablaban de usted como de nadie.

R.—Una vez me contrataron por cuatro o cinco semanas en la Argentina. He estado dos años.

SP.—Un éxito de dos años, no cabe pensar que es la colonia española. La colonia española pudo ir el primer día y el segundo, pero luego, ya... De todos países que usted ha visitado, ¿cuáles o qué zona de países es donde el cuplé se ha comprendido mejor?

R.—En todas partes. Yo siempre me he creído que



«Y YO ME QUEDABA ASÍ, COMO SI ME DIERAN 14 REALES...»

eran todos los españoles, porque lo que salía en los artículos, al día siguiente en Nueva York era la traducción exacta de lo que yo cantaba.

SP.—Vamos a ver, es muy difícil aislar un lugar o una fecha, ¿pero cuál es el éxito más memorable que usted recuerda de todas sus actuaciones?

R.—Yo, siempre el último. Porque como no tengo memoria...

SP.—Bueno, eso de la memoria es un truquito que me parece...

R.—No, yo no ando con trucos. ¡Nunca! por nada ni por nadie.

SP.—Bueno, pero a mí me parece que usted hace con su memoria como estas personas que son sordas de un oído y que no oyen lo que no les conviene.

R.—A mí me conviene oír mucho. Para aprender y saber con quien trato.

SP.—Para recordar.

R.—Recordar, no; no merece la pena, más vale olvidar.

SP.—Pero usted tiene muchas cosas agradables que recordar.

R.—Esas sí que las recuerdo.

SP.—¿Delante de qué personas, o qué personalidades, más representativas ha cantado usted?

R.—Delante de todos, de reyes, de ministros, de presidentes de Repúblicas, de todos.

SP.—¿Usted recuerda alguna anécdota curiosa de esto?

R.—No me acuerdo de ninguna. Me las voy a tener que apuntar, y cuando me las pregunten habré perdido el papel.

SP.—No va a poder publicar sus memorias.

R.—¡Pero qué dice de memorias...!

SP.—Por eso le digo que no las va a poder publicar.

R.—¡Si todo el mundo publica letras y libros y todo sin permiso mío, y no hay quien pueda parar a esa gente! Yo les he prohibido y, sin embargo, publican los libros y se quedan tan frescos. Mire, ahí tiene usted a Marino Gómez Santos, ha escrito en el «Pueblo», se me ha llevado las obras de mi marido Gómez Carrillo y el libro de Angel Zúñiga, y todavía no me los ha devuelto, y mire que se lo he pedido. Yo no se lo he dado, se lo ha llevado por las buenas, pero yo no me voy de Madrid sin llevármelo, ya los buscará.

SP.—¿Dice que los ha perdido?

R.—No dice nada, se los queda y nada más, pero no se los quedará. No hay derecho y se lo he pedido de todas formas...

SP.—Eso sí que es raro.

R.—Pues ustedes no lo debieran permitir. Si se lo hicieran a otra cualquiera bueno, pero a mí, a mí, la española que ha ido por ahí... ¡Venir aquí y que se me lleven lo que no doy!

SP.—¿Se lo ha dicho al director del periódico?

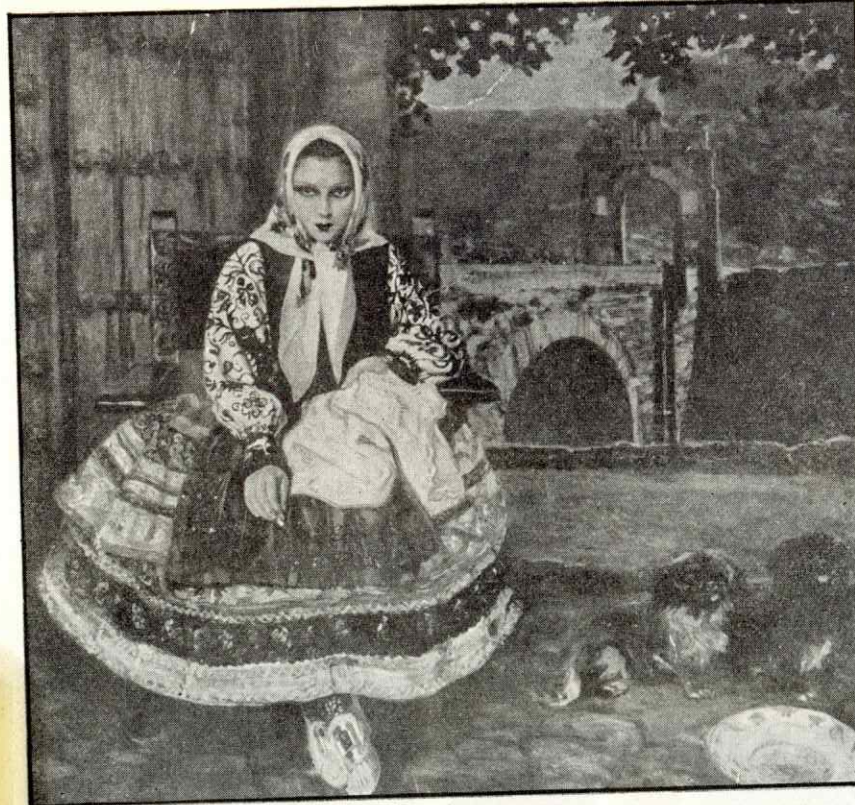
R.—Ya lo sabe. Se lo he dicho al señor Asís, también de «Pueblo», y tampoco nada. Gómez Santos vino aquí el otro día y se cayó por la escalera, y no se ha matado. Ya ve usted, ¡hasta en eso ha tenido suerte!

SP.—Permítame que le haga otra pregunta: ¿Usted se pone nerviosa cuando actúa?

R.—A mí lo que me pone nerviosa es la gente que se pone por delante y no me deja pasar.

SP.—¿Entonces a usted el público no le impone?

R.—¡Que no me impone! Por eso, porque me impone, me impongo.



«HOY NO HACEN MÁS QUE BAR, AMIGOS, HABLAR...»

RAQUEL, EN SU GRAN EPOCA

SP.—Usted se domina...

R.—Si llevara cascabeles en las piernas, no habría música mayor que la que yo armara. Incluso ahora, ¿usted se cree que el salir ahí a hacer dos o tres tipos distintos, en un segundo, hay muchas que lo hagan?

SP.—Yo creo que esto que usted ha dicho de los cascabeles en las piernas es muy propio de los grandes artistas. Por ejemplo, a Andrés Segovia, con toda su gran dedicación y maestría, pues yo lo he visto igual, verdaderamente nervioso. Andrés Segovia nos definía esto muy bien en una entrevista. Nos decía: «Yo en todos los conciertos, antes de empezar, no lo daría, y después de acabar, lo repetiría.»

R.—Claro, dijo muy bien eso. Está muy bien definido, muy bien.

SP.—¿Hay diferencias de público?

R.—Para mí, no.

SP.—¿Por qué usted se abstrae por completo, y piensa en lo que está haciendo en ese momento?

R.—Yo no es que piense, es que estoy con mis imágenes, con mis amantes, con mis novios, con mis historias, con mis cuentos, y no veo ni oigo a nadie, más que cuando he terminado.

SP.—¿Usted quiere decirnos algo más para terminar?

R.—¡Y qué quiere usted que le diga! ¡Pregúnteme y se lo diré!

SP.—¿Usted tiene algo especial que quiera decir, y que quiera usted que se publique?

R.—No, no. El estómago está muy bien, y no estoy empachada. Les he dicho todo, todo lo que yo creo, y lo que ustedes me han preguntado.

SP.—Yo le preguntaría una cosa: ¿Usted es partidaria de una única representación diaria en los teatros? Porque esto es una cosa que se discute mucho actualmente.

R.—¿Qué es la única representación?

SP.—En vez de dar dos funciones, una sola representación al día.

R.—Claro que sí. Hoy la gente está... ¡cómo le diré yo! o trabajando mucho, o de cuatro a siete en la calle, sentados en su bar. ¿Y quién se levanta para ir a la función por la tarde? Y hasta por la noche... como no sean algunos que dicen: «Bueno, ya cenaré luego...» Es que hoy no hacen más que bar, amigos, hablar.

SP.—La gente, que está más ocupada. La vida ha empeorado y hay que trabajar más ¿Usted cree que el interés de la gente por el teatro ha decaído, es menor ahora?

R.—No, no es que decae, no, ¡es que... yo no sé! Se alimentan de cosas, de deberes, con amigos, con cosas, se atan ellos mismos.

SP.—Hay muchos compromisos.

R.—Sí, y como sea una persona formal, peor todavía, porque no falta a sus citas.

SP.—¿Ha hecho usted alguna película en España?

R.—Claro. Además, en Hollywood tenía que haber hecho «Luces de la Ciudad», con Charlie Chaplin, y luego tenía que haber hecho «Josefina de Beauarnais». No las hice porque me vine a España.

SP.—¿Tiene usted, o tuvo, una buena amistad con Chaplin?

R.—Sí. Nos escribíamos también, pero ahora hace tiempo que no lo hacemos.

SP.—¿Le gusta a usted el cine?

R.—Sí, me gusta el cine.

SP.—¿Va?

R.—Casi nunca.

SP.—¿Por falta de tiempo?

R.—No, es que el día que quiero ir y que ya me he comprometido, ese día me da un arrechucho y tengo que quedarme en casa.

SP.—Muchas gracias, doña Raquel.